

RESEÑAS

ESTA SALVAJE OSCURIDAD. LA HISTORIA DE MI MUERTE

Harold Brodkey

Editorial Anagrama. Barcelona, 2001

I.S.B.N.: 84-339-6931-5

Depósito Legal: B. 1419-2001. 1.900 pesetas

Cuando escribo esta reseña, a mediados de 2001, se cumplen los veinte años del comienzo de la epidemia del *Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida* (sida) y en todo el mundo se celebran cursos, seminarios, conferencias y congresos sobre la enfermedad. Efectivamente, en 1981, médicos de la Costa Oeste de los Estados Unidos de Norte América, como por ejemplo Michael Gottlieb, comunicaron varios casos de enfermos con una infección pulmonar por un germen oportunista (*Pneumocystis carinii*) y una disminución de los linfocitos T4, llamando la atención que todos estos pacientes realizaban prácticas homosexuales. El CDC de Atlanta informó también en los primeros días del mes de julio de 1981 que en los últimos 30 meses se habían diagnosticado 26 casos de Sarcoma de Kaposi en varones jóvenes y homosexuales, y en casi todos ellos se encontraron infecciones oportunistas.

Con esta perspectiva, la reacción en la prensa norteamericana fue la de nombrar a la enfermedad como el *cáncer gay* o la *neumonía gay* e incluso como la *plaga gay*. No faltaron voces que defendieron y trabajaron en la línea de culpabilizar al grupo homosexual. La ensayista norteamericana Susang Sontag en su magnífico libro *El sida y sus metáforas*, publicada en español en 1989, señaló certeramente que el sida era considerado, y aún hoy hay personas que así lo consideran, un juicio de Dios y un castigo colectivo a una sociedad por sus desviaciones morales, idea que inmediatamente conduce a que se establezca la ecuación *persona infectada/persona equivocada*.

Luego la enfermedad tuvo otras denominaciones como *GRIDS* (Síndrome de Inmunodeficiencia relacionado con los gay), *KSOI* (Síndrome de Infección Oportunistas con Sarcoma de Kaposi), la enfermedad de las «4 H», al comprobarse casos de afectados haitianos, hemofílicos, homosexuales y heroinómanos, aunque se acaba comprobando también que los heterosexuales no están exentos de padecerla. Finalmente recibió esta enfermedad la denominación que hoy utilizamos *Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida*, prosperando sobre todo su acrónimo: *sida*.

La lucha del hombre contra la enfermedad recuerda, en cierta manera, al conocido mito griego de Sisifo, condenado por los dioses a subir una piedra a la cumbre de una

montaña, y que cuando ha sido situada en lo más alto rueda de forma inexorable hacia abajo, comenzando de nuevo la tarea de Sísifo.

Efectivamente, cuando el hombre consigue un remedio o una medicación contra una enfermedad, como es el caso de los antibióticos, y manifiesta su euforia por el éxito conseguido, al cabo de un cierto tiempo los gérmenes comienzan a generar la conocida resistencia a esta medicación. Otro ejemplo notable al respecto es la declaración realizada en 1980 por la O.M.S. de la erradicación mundial de la viruela. Después de este gran éxito en la lucha contra la enfermedad, tan sólo un año después se plantea el problema del sida, aunque otro asunto que no vamos a discutir aquí es si los *retrovirus* que producen la enfermedad estaban infectando humanos con anterioridad al año 1981, que es la fecha que se baraja oficialmente como la del comienzo de esta epidemia, que al día de hoy ha provocado más de 20 millones de muertos y más de 30 millones de personas infectadas, la mayor parte de las mismas en África. No se olvide que, ya en 1987, la Organización Mundial de la Salud declaró el sida como una emergencia mundial.

Al estudiar una enfermedad, y más concretamente una epidemia, creo que emergen tres aspectos como mínimo que deben ser atendidos para que ésta sea comprendida en todas sus dimensiones. En primer lugar, la *realidad biológica*; es decir, los medios que pone en marcha el ser humano para entender las causas de la enfermedad, sus manifestaciones clínicas y para conseguir medicamentos eficaces contra la misma. En este capítulo cabría la mención de muchos investigadores y médicos que han realizado esfuerzos muy notables en estos últimos veinte años, pero a todos se nos vienen a la cabeza inmediatamente los nombres de Robert Gallo y de Luc Montagnier, con sus aciertos y también con sus rivalidades y polémicas. Otra perspectiva, sin duda, es la *realidad social*, ya que toda epidemia provoca alteraciones de la vida cotidiana, y en esto el sida no ha sido una excepción. Durante una epidemia generalmente surge lo mejor del ser humano, personas que se entregan abnegadamente al cuidado de los enfermos, pero también hay que reconocer que lo peor también deja la huella de su presencia, sobre todo cuando se culpabiliza o se margina e incluso se abandona a un enfermo a su suerte. No hace falta recordar aquí, a modo de ejemplo, la magnífica labor llevada a cabo en las Casas de Acogida para enfermos de sida o en el otro extremo la expulsión de personas afectadas por la enfermedad de sus puestos de trabajo o incluso del seno de sus familias. Lo que nos lleva a pensar en la tercera perspectiva: la *realidad individual*; es decir, la persona que no sólo tiene que enfrentarse a los problemas clínicos, sino también en muchas ocasiones al rechazo social por padecer una enfermedad temida o que incluso provoca rechazo moral. En esta perspectiva individual se debe recordar también a aquellas personas enfermas que no poseen medios económicos para llevar a cabo las pautas terapéuticas vigentes en la actualidad, sobre todo en África, aunque estas circunstancias se dan también en los llamados países occidentales.

Estas tres *realidades* señaladas, pero sobre todo la personal o individual, quedan recogidas en un libro magnífico que sin lugar a dudas tiene todas las características para perdurar y convertirse en un clásico, y no digo esto porque vaya a quedar como un gran documento

o testimonio sobre el sida, lo cual ya lo tiene garantizado, sino porque es uno de esos libros en que se respira la verdad, la sinceridad y el enfrentamiento radical de un hombre con lo que ha sido su vida y con su muerte. Me estoy refiriendo al libro de Harold Brodkey, *Esta salvaje oscuridad*, que fue publicado en Estados Unidos hace unos años y que acaba de aparecer en castellano ahora en el año 2001. Harold Brodkey (1930-1996) es un escritor suficientemente conocido y esta circunstancia nos permite que no nos extendamos aquí sobre su vida y su obra. Un escritor que ha sido comparado con Marcel Proust por el crítico Harold Bloom y que es considerado una de las cumbres de la literatura norteamericana. Podemos citar aquí de su producción algunas obras como *Relatos a la manera casi clásica* (1988), *El alma fugitiva* (1991) o *Amistad profana* (1994).

Pero aquí, en esta reseña, queremos referirnos a *Esta salvaje oscuridad*, obra en la que Brodkey habla de las relaciones homosexuales que mantuvo en una época de su vida y de la manera que recibió la noticia de que padecía el sida cuando ya estaba casado con la escritora Ellen Schwamm. El libro de Brodkey, como ya hemos indicado, es un testimonio importante sobre la evolución clínica de la enfermedad y sobre la reacción del organismo ante las pautas terapéuticas a que es sometido; pero también es una reflexión sin tapujos sobre los estigmas que provoca el sida, así como una reflexión sobre la vida y la muerte hecha desde el borde del precipicio. Algunos ejemplos pueden ayudarnos a captar la importancia y sobre todo la verdad de este libro. Prefiero detenerme ahora en los primeros párrafos de la obra, cuando Brodkey en la primavera de 1993 recibe la noticia de que padece la enfermedad y especula sobre el período de latencia de la misma:

«Tengo sida. Me sorprende. Desde 1977 no he estado expuesto, es decir, que mis experiencias, mis aventuras homosexuales ocurrieron en gran medida durante los años sesenta y setenta, y que a partir de entonces confié en que el tiempo y la abstinencia indicaran si estaba libre de la infección y me protegieran a mí y a los demás.

Al principio sombras y dudas me quitaban el sueño, pero después empecé a sentirme más seguro de que no iba a pasarme nada. Antes de que fuera identificado el sida, yo pensaba que cinco años sin infección aparente significaban que uno no estaba enfermo. Cuando lo identificaron, al principio se afirmó que al cabo de cinco años uno está a salvo. Eso ha cambiado. Hoy se considera que se puede estar seguro tras un lapso de veinte años, pero hay una pequeña cantidad de casos anómalos; es decir que las pautas conocidas no explican el retraso de la enfermedad, [...]. No es que importe mucho. Tengo sida. Y he tenido una pulmonía Pneumocystis carinii, que por poco me mata. Inverosímil o no, con análisis de sangre y recuento de linfocitos T, el hecho de que sea Pneumocystis significa que tengo sida y que voy a morir».

A partir de aquí la narración de Brodkey gira en torno al desarrollo clínico de su enfermedad, con descripciones muy claras de la sintomatología y su repercusión en el estado de ánimo; pero a la vez va dibujando un cuadro en el que no faltan reflexiones sobre su infancia, sus padres adoptivos, su esposa y sus hijos, así como comentarios muy lúcidos sobre

ciudades como New York o Venecia, y cómo no también sobre la literatura y el periodismo norteamericano. La delgadez, la asfixia, las manchas, la pérdida de fuerzas, los sueños, la resistencia a quedar hospitalizado, los silencios de los antiguos amigos, la *vergüenza* de que su sangre suponga un riesgo para el personal sanitario, los consejos de su médico de que lo mejor en América es llevar la enfermedad en secreto, así como la recomendación de *farmacias discretas* para comprar la medicación, etc. Todo aparece mezclado, pero magistralmente ordenado en este libro, como en un buen cóctel, como en la buena literatura, dando noticias a la vez de la sociedad que le rodea y del individuo que padece la enfermedad, aglutinando el pasado, el presente y el exiguo futuro que le queda. Quien busque en este libro comentarios sobre los retrovirus o los inhibidores de la retrotranscriptasa y de la proteasa, así como de las manifestaciones clínicas de la neumonía o del Sarcoma de Kaposi lo encontrarán, pero sobre todo lo que se siente aquí en este libro es al ser humano en todas sus dimensiones. Compruébese lo que digo en el siguiente párrafo:

«El sida nunca había estado entre nuestros miedos más serios. No era uno de mis temores secretos. Lo que pasó me ha sacudido tanto que tiendo a recordar como un loco o un torturado. He perdido gran parte de la disciplina de la memoria; sin embargo recuerdo lo que en su momento debió parecer significativo. Ellen y yo estuvimos en Berlín y luego en Venecia viendo editores y traductores, y algunos —en realidad todos— me decían que estaba demasiado flaco. Ellen empezó a preocuparse por una mancha negruzca y como cóncava que me había aparecido en la mejilla derecha, pero pensé que era la dieta macrobiótica que estaba tratando de seguir. La poesía de ser reconocido y aceptado en Berlín y en Venecia como escritor importante, mientras enfermaba de un modo que no podía entender, se me presenta como la oscura belleza de la ruina total [...].

Con el sida uno suele tener caspa, una caspa terrible. ¿Cómo transmitir la sensación de que uno está haciéndose añicos? Y la tensión me hace lagrimear; el estómago y la parte de arriba cercana a la garganta se me llenan de acidez. Me ahogo en la estupidez. Empieza la náusea, sus contracciones sólo desaparecen poco a poco. Todas las muertes son absurdas, los cánceres, los infartos, todas. Raramente son apropiadas a lo que el hombre o la mujer fueron salvo como paradoja absurda».

Hay momentos en este libro en que la radicalidad de sus planteamientos recuerdan, al menos eso me parece a mí, a algunas páginas de Thomas Bernhard sobre las enfermedades y los miedos familiares; y, en otros, Harold Brodkey se muestra muy pendiente de las cifras de sus análisis de sangre, de forma análoga a los tuberculosos de *La montaña mágica* de Thomas Mann, que siempre andan alrededor del termómetro comprobando las décimas de más o de menos que marca su temperatura corporal. Igualmente, en algún momento de este libro, no falta el comentario malévolo hacia otros escritores, como cuando Brodkey escribe sobre el aburrimiento de estar enfermo: *«algo así como quedar atrapado en una novela de Updike».*

Y casi al final del libro, que abarca desde la primavera de 1993 al otoño de 1995, Harold Brodkey introduce un poema titulado *La canción de la víctima*:

*«Me he ejercitado en el arte de la víctima,
 corazón insolente plagado de sida.
 He puesto al ataúd delante del furgón,
 tirutap, tirutop...
 Debo ponerme un disfraz de arpillera,
 Mordaza en la boca, cemento en la molleja,
 Y no farfullar: <Qué duro es, qué duro es>,
 tirutop, tirutep...
 Entre las hojas generosas yaceré
 Y bajo el gemido del viento me pudriré.
 Los nuevos timadores ganarán los premios,
 tirutep, tirutap...»*

Un libro valiente y sincero en el que escribe su autor *«prefiero ser franco sobre el sida y burlarme de la humillación pública que sentir la humillación de mentir»*. Como dice Katie Donovan:

«Cada matiz de los sentimientos es explorado con una sinceridad que jamás empaña la autocompasión. Vulnerable, furioso o arrogante, Brodkey escribe siempre con una despojada hermosura».

Y es que este libro podrá ser un testimonio, pero por encima de todo es una obra de arte.

Francisco HERRERA RODRÍGUEZ

LA REBELIÓN DE LOS ASTRÓNOMOS. COPÉRNICO Y KEPLER

Juan Luis García Hourcade

Nivola libros ediciones. Madrid. Primera edición, agosto, 2000. 236 pp.

ISBN: 84-930719-9-4

¿Qué puede descubrirse sobre Copérnico y Kepler a estas alturas? Parece ilusorio tratar de expresar una opinión u ofrecer datos no contenidos ya en alguno de los muchos libros y en los centenares de artículos escritos sobre la astronomía post-ptolemáica cuya aparición y aceptación posterior provocó una revolución en muchos órdenes de la ciencia y cuyos trabajos constituyeron el mayor ejemplo de creatividad individual y colectiva que conoce la Historia de las Ciencias.

Aceptando la dificultad de aportar mucho más a una historia pasada por todos los tami-
 ces imaginables, la única solución lógica es un libro en el que Copérnico y Kepler, incardinados en su tiempo, sean presentados de una forma comprensible para el gran público e interesante para el especialista.